



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11068

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extra-jera.—Tres meses, 11/25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 2 DE NOVIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CONTRA UNA PLAGA

En muchas ocasiones hemos levantado la voz contra esa plaga de mendigos que por doquier se arrastra el paso, y nos molesta pidiéndonos con lenguaje plañero una limosna por amor de Dios, cuando no nos la exige con frases descor-teses y groseras.

La plaga va extendiéndose, invadiendo la ciudad y el campo; y aun cuando la Alcaldía pública edictos encaminados á ponerle freno, sus efectos no duran más que un día, pues al siguiente de su publicación nos vuelve a detener en la vía pública el mendigo cojo que anda sin muletas cuando nadie lo vé, la pobre madre de familia, perpelua viuda reciente, que ha de pasar por propios—para ablandar mejor los corazones—dos ó tres chiquillos alquilados á alguna madre sin corazón, el viejo procaz que se desata en maldiciones contra los que no atienden su ruego, y el cínico borracho que apenas cae en su mano el obolo que la caridad deposita en ella se mete en la taberna para gastarla en vino.

Esos mendigos que nos asedian no son de aquí; andando y pidiendo vienen de todos los puntos de la Península fingiendo accidentes, simulando enfermedades asquerosas é inutilidades no comprobadas; mas que pobres necesitados son industriales que van haciendo su negocio y algunos se hacen ricos y siguen pidiendo.

Lo raro que tiene esa plaga es que se multiplica á medida que se va multipliando la beneficencia; y así se da el caso de que á cada nueva institucion fundada en beneficio de los pobres crece la mendicidad de un modo incomprensible.

Cuando se estableció en Cartagena la Tienda asílo creímos que la mendicidad cesaría, aun cuando no fuera del todo, tanto más cuan-

to que la junta de gobierno de dicho establecimiento no limitó nunca el número de raciones; pero la mendicidad fue aumentando y prosa rara! fuera de los primeros días en que la novedad los atrajo á la Tienda, no se ven en el comedor de la misma los mendigos, sin duda necesitan, si se les da, y ganan lo bastante para adquirirlo en otra parte.

No es solo en Cartagena, donde se observa este fenomeno. También se observa en Zaragoza; pero mas prácticos que nosotros los hijos de la ciudad heroica se han empeñado en destruirlo. Ya que dan á manos llenas lo quieren que les pida nadie; y tan dispuestos estan los zaragozanos á llegar al objetivo, que ayer mismo publicó el Alcalde de la capital aragonesa un bando prohibiendo en absoluto la mendicidad.

Los obreros sin trabajo, los que languen impedimento físico para dedicarse á una ocupación, las viudas sin recursos, y, en general, cuantos necesitan socorros, los socorrirán de una junta formada por todas las asociaciones benéficas zaragozanas; hasta los pobres transentes serán socorridos tres días; pero al que desde ayer se le encuentre mendigando en la vía pública irá á la cárcel.

Cartagena se encuentra en igual caso que Zaragoza. Aquí hay un Hospital de Caridad que no le cierra la puerta á ningún enfermo; una Casa de Misericordia que sostiene muchos niños; un Asilo de Ancianos con numeroso personal; una Casa de Expositos repleta; una Tienda-Asilo que reparte diariamente quinientas raciones por lo menos; varias corporaciones religiosas y profanas que dan limosna á manos llenas y un pueblo generoso que da siempre que le piden.

Los cartageneros gastan mensualmente en obras de caridad algunos miles de duros y por ello tienen derecho á exigir, que no les

salga al paso el mendigo en la calle, ni les aporree las puertas, ni se les entre en sus habitaciones bajo el pretexto de pedir, pero Dios sabe si con otras intenciones.

Alguna vez hemos de llegar al corte de los abusos y alguno ha de ser el primero. Séalo éste de que nos ocupamos, que si se quiere de verdad que desaparezca un opondra resistencia insuperable

TIJERETAZOS

Los amigos del Sr. Gamazo han suscrito una carta que dirigen á dicho señor, ensalzándole, aplaudiéndole y esperando de él dichas y venturas.

No me adhiero. ¡Qué me he de adhorir si lo único que conozco del diputado por Medina es el presupuesto de la paz que nos llevó á la guerra y la salida de los trigos que por poco nos mata de hambre!

Y dijo unas cosas la tal cartita.... Ahí va un párrafo:

«Extramando la abnegación, aceptó usted en Mayo último la cartera de Fomento en condiciones tales que fue necesario el poderse injerir de la autoridad que sobre nosotros ejerce para que lográramos dominar la inquietud que nos producía verle en el gobierno, convencidos como estábamos por tristes experiencias anteriores de la esterilidad del sacrificio.»

¿Será el Sr. Gamazo el más utopista de la falange á que da nombre?

Todos, todos esperaban su fracaso, menos él.

El país también lo esperaba; pero, dado el trunfo que se trala el más grande de nuestros trigueros, se quedó asombrado al ver la postura desairada en que cayó.

¿Si al menos hubiera sido artística!

Inglaterra va á hacer una soberbia demostración naval para meterle á Francia los monos.

Si no fuera porque en la cuestión de esos dos países podemos perder algo, sería cosa de tomar luneta para ver la función.

Pero no hay cuidado; no tardarán en aparecer los amigables componedores,

que arreglarán el asunto sin daño para nadie.

Siempre no han de hacer los vecinos de Europa lo que hicieron con España.

Y como en este negocio de ingleses y franceses pueden llevar un pescozón, hay que evitarlo á todo trance.

PARENTESISIS

Al jitano Juan Pedrosa perdiósele olerto día un borrico al que tenía más cariño que á su esposa.

A declarar fue llamado y el juez le dijo: Bien, luego vienes y me traes un pliego del de á peseta, sellado.

—D. Gaspar, ¡por San Clemente que lo suprima le ruego!

—Por contestar, otro pliego no, te extrahe que te aumente.

—D. Gaspar, ¡por San Miguel!

—Otro pliego necesito.

—¿Otro pliego? ¡Dios bendito, va usted á acabar el papel!

—Cuatro pliego de á peseta va á tener que comprar.

—Pero ¡por Dios don Gaspar va usted á hacer alguna cometa?

Alfredo Rivera.

GLORIAS NACIONALES

Rindese á las armas españolas la colonia del Sacramento.

2 de Noviembre de 1762.

El día 2 de Enero de 1762, tres años después de haber subido Carlos III al trono de San Fernando, Jorge III de Inglaterra, aquel monarca durante cuyo reinado perdió la Corona de la Gran Bretaña sus posesiones de la América del Norte, declaró la guerra á España á consecuencia del «Pacto de familia», firmado entre los soberanos de Francia, España, Nápoles y Parma para prestarse mútua ayuda contra el rey británico, entonces en guerra con el francés.

Portugal ya era entonces gran amigo de Inglaterra, y aunque aparentaba permanecer neutral, ofrecía poca confianza á España, y por este motivo Car-

los III dispuso marchar al Lusitano reino un cuerpo de ejército, que primeramente mandó el marqués de Sarriá después el conde de Aranda, con el fin de cerrar sus puertos á los británicos, hecho que obligó á Portugal á tomar parte en la guerra en contra de España.

Obedeciendo órdenes del gobierno de la metrópoli, el gobernador y capitán general de Buenos Aires, D. Pedro de Cavallos, en 1.º de Octubre de 1762, puso sitio á la colonia del Sacramento, plaza portuguesa situada en la costa norte del río de la Plata.

El día 5 ya tenían construida los nuestros una batería de siete cañones á 500 toesas de la plaza, é inmediatamente rompieron el fuego y al amparo de este pudieron trabajar en las obras del sitio con la tranquilidad necesaria, no cesando el fuego hasta el 11, en que por tener dispuesta otra batería de 19 cañones comenzaron á batir en brecha la muralla de la plaza, cuando resistido, hecho que les obligó á emplazar más cañones de la muralla la artillería.

El día 20 ya habían logrado los nuestros derribar la cornisa de la Puerta del Socorro, por lo que se dispusieron á dar el asalto, pero este no se llevó á cabo por haber pedido capitular el gobernador de la plaza, D. Vicente de Silva da Fonseca.

El día 2 de Noviembre saltó de la Colonia del Sacramento la guarnición portuguesa con todos los honores de guerra.

MARCE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

LA EXPOSICION

No es la Exposición de que vamos á ocuparnos la que con verdadero derroche ha de celebrarse en París dentro de dos años, para saludar el advenimiento del venidero siglo, en cuyo seno palpitan las soluciones de los grandes problemas que han conmovido la existencia del que está agonizando. Es la que con exquisito gusto artístico presentó el domingo pasado el inteligente comerciante D. Andrés Plazas, en su establecimiento de muebles de lujo, abierto recientemente en la calle Mayor.

Allí estaban en noble competencia la industria nacional y la extranjera. se

taba, pues, completamente virgen su corazón, mas que por inesperienza, por necesidad.

La primera solicitud de amor que llegó á ella, fué la del archiduque Carlos, acompañada de su retrato y expresada en una carta.

Pero el archiduque Carlos, como buen alemán, era moletado y rubicando, de expresión fría; un verdadero tipo de Rembrand ó de Rubens, frío, sin espíritu, con los ojos pequeños de un azul claro y que nada expresaban.

Doña Esperanza rechazó, por solo su retrato, al archiduque, y confesó en términos generales á su carta.

Era demasiado joven y demasiado apartada del mundo para ser ambiciosa.

Se había prestado, sin embargo, á tomar parte en una conspiración contra Felipe V, y por esta causa había conocido al marqués de Leganés, al hijo mayor del conde de Monterey don Luis Dávalos, y algunos de sus amigos.

El marqués de Leganés era petulante y necio, y muy pegado de sí mismo: don Luis Dávalos taciturno, sombrío y antipático; y los otros, medianamente feos ó medianamente viejos.

Por lo que, apesar de que todos, de una manera mas ó menos clara, la habían galanteado, doña Es-

ningún hombre que pudiese impresionar á doña Esperanza.

En ella no había mas que el conserje, el cocinero, dos criados, un jardinero y su ayudante; toda gente comun, á la que ni por sueños podía descender su orgullo.

En estas temporadas de verano la acompañaba el marqués de Castroviejo, tal vez con la intención de conseguir, en la soledad y el apartamiento, los favores de doña Esperanza.

El marqués pensaba explotar de este modo, mucho mejor que de otro, haciendo su esposa á la joven, los favores del pobre Carlos II.

Pero doña Esperanza no le dió ocasión de atreverse.

El marqués de Castroviejo le parecía feo, demasiado pasado, intolerable; y le trataba con tal tiestra que venia á ser una especie de muralla puesta delante de la joven, en la cual se estreñaban los proyectos del marqués.

Des años antes de estos sucesos, los viajes á la casa aislada en los alrededores de Versailles cesaron.

El marqués le había convencido de que nada podía esperar de doña Esperanza.

En su casa de Madrid, la joven á nadie veía. Es

tiembla, y mis ojos no saben... no pueden apartarse de vuestra belleza.

—Abusais, Mr. Prevauz, de lo que yo he dicho, creyéndome sola, á un hombre que es mi confidente y á quien dispenso mi mas absoluta confianza.

—Por el contrario, señora, lo que he oido me contiene, me reduce á la impotencia: si nada hubiera oido, si veros me hubiera arrojado á vuestros pies, hubiera asido vuestras manos, no me hubiera levantado sino temiendo la certeza de obtener con vuestro amor una felicidad no comprendida hasta el momento de haberos visto, ó para salir de aquí, montar á caballo, partir á Cataluña, y hacerme matar por los aliados.

Lo mismo, sobre poco mas ó menos, había dicho Mr. de la Chaumiere á Maria de la Azucena algun tiempo antes.

IV

Y no era esto, que hubiera prescindido de Maria de la Azucena por doña Esperanza.

Era que las dos le anagoraban, que pretendían quedarse con las dos.

En cuanto á doña Esperanza, el empeño no era muy difícil. La pobre joven vivía muy retirada, se